

Trosly, junio 2002

Vuelvo de la Asamblea General en Swanwick. Ella me marcó profundamente y, espero, me haya cambiado. Éramos 250 representantes de 120 comunidades del Arca, de todas las culturas, confesiones cristianas, religiones y lenguas. Muy unidos alrededor de la visión del Arca, alrededor de la persona más débil pero al mismo tiempo descubriéndonos unos a otros, creando lazos profundos de amistad y de corazón. Hemos formado una verdadera comunidad amante y abierta durante la semana. Hemos tomado conciencia que el Arca forma un cuerpo vivo.

Cuando reflexiono sobre los 38 años del Arca veo cuatro tiempos. El tiempo en el que Sue era coordinadora internacional: era el tiempo de las fundaciones en India, en Haití, en Honduras, en Costa de Marfil, en Burkina Faso, en Australia, en Canadá, en los Estados Unidos y en muchos países de Europa. Después vino el tiempo de la unificación de la Federación con Claire que desembocó en la nueva Carta Fundamental. Después, con Jo el tiempo de la consolidación y la nueva constitución. Hoy, con Jean-Christophe, es el tiempo de la renovación después de estos 38 años de vida, un retomar de conciencia de lo que somos, de nuestra identidad y nuestra misión.

El mundo ha cambiado desde 1964 cuando el Arca fue fundada. Y el Arca misma ha cambiado. Hemos alcanzado una cierta madurez. Estamos confrontados a nuevos desafíos y nuevos peligros. Era necesario nombrar las dificultades, las que vienen del exterior del Arca, y las del interior. Nombrar nuestras carencias y nuestras dudas. ¿Quién somos hoy? ¿Qué queremos? ¿Qué es lo que Dios nos dice hoy? ¿A qué nos llama? Estas preguntas estaban en el corazón de nuestro encuentro. Fuimos a la vez impactados, despertados, sacudidos y confirmados, pues el Arca nos es confiada. Su porvenir depende de cada uno de nosotros. A nosotros nos toca construirla como es llamada a ser. Desafíos, miedos, temores, pues es necesario ponernos en camino, convertirnos, volver a encontrar el corazón, lo esencial. Pero igualmente un gran soplo de esperanza. Nacimos de Dios. Dios está siempre aquí, estará siempre aquí, para guiarnos hacia un arraigamiento más profundo en Él y hacia una fecundidad nueva. *“Ya no somos extranjeros sino peregrinos juntos”* en un mundo difícil. Peregrinos de esperanza y de paz. Estaban también con nosotros hombres y mujeres de sabiduría, diferentes iglesias, para ayudarnos a releer nuestra historia y redescubrir quien somos y lo que estamos llamados a ser bajo la mirada de Dios.

Para mí, es este momento de mi historia, esta Asamblea ha sido un tiempo fuerte, Muy pronto abandonaré el consejo internacional. Ha llegado el tiempo de ya no tener un papel en las estructuras para estar aquí como un testigo que anuncia y vive el misterio que nos es dado vivir: estar aquí con una gran confianza en Dios, en las estructuras, en Jean Christophe y Christine y todos los responsables de hoy. Esta aquí para vivir la comunión, ser fuente de unidad. Estar aquí para agradecer a Jesús y para ser feliz, en el corazón de nuestra familia en marcha, para caminar humildemente con nuestro Dios.

Personalmente tomo cada vez mas conciencia de a que punto estamos todos llamados a ser testigos de paz y a formar comunidades de paz. Pero la paz es tan frágil. Desde el 11 de septiembre ha habido tantos signos de guerra. La verdadera paz no es simplemente la ausencia de guerra ni la coexistencia pacífica. La ausencia de conflicto armado es ciertamente un inicio de paz. Permite a gente diferente vivir unos cerca de otros sin dañarse. Ella permite vivir mas o menos sin miedo. Pero la verdadera paz, ¿no es mucho mas que la coexistencia pacífica?

En un país que he visita últimamente me dijeron que los católicos y los ortodoxos viven unos cerca de otros geográficamente, en una misma aldea ignorándose totalmente. Los católicos se ven entre ellos, tienen las mismas certezas, van a la misma iglesia, lo mismo hacen los ortodoxos. Ellos no se reúnen nunca, no hay diálogo. ¿Es esto la paz? Los miembros de diferentes grupos, etnias, razas, clases sociales, religiones, pueden coexistir en un mismo país o una misma ciudad, respetar las leyes en vigor, ignorándose al mismo tiempo mutuamente. El día en el que, manipulados por una propaganda sutil, un grupo sospecha que el otro corre el riesgo de dominarlo o de oprimirlo, surge el miedo. Y el miedo engendra rápidamente el odio, la violencia y la guerra. ¿No encontramos cosas semejantes en nuestras propias comunidades? ¿Verdaderamente entramos en contacto unos con otros?

Ir hacia el otro, entrar en contacto, dialogar juntos, eso pide un esfuerzo. Aprender a apreciarse mutuamente no es fácil. Me han hablado de un sacerdote ortodoxo que, durante la guerra en el Kosovo, ocultaba Kosóvaros que estaban en peligro por el hecho del avance del ejército serbio. Después, cuando el ejército serbio tuvo que retirarse y que los Kosovaros retomaron sus hogares y sus aldeas, ocultó serbios que estaban en peligro. Este sacerdote era libre de ver en el otro, diferente, un ser humano, una persona amada por Dios. Él ha sabido entrar realmente en contacto con otros que eran diferentes, superando los muros de su cultura y de su religión.

Hacia 119, al inicio de la cuarta cruzada contra los sarracenos, Francisco de Asís, “il poverello” de Dios, se fue a pie para entrar en contacto con el sultán en Egipto. Hombre de paz. Signo de paz. Los dos hombres se encontraron verdaderamente y se apreciaron. La guerra no fue detenida, pero Francisco y sus hermanos eran un signo de esperanza. Francisco y sus hermanos estaban convencidos que su manera de construir la paz en el mundo era servir y vivir con los pobres, los débiles, los mas rechazados, cualquiera que sea su cultura. ¿Y nosotros? ¿Creemos que compartiendo nuestras vidas en la sencillez, día tras día, trabajamos también por la paz? ¿Y que nuestras comunidades ellas también pueden convertirse en signos de esperanza en nuestro mundo de hoy?

¿Pero cómo arraigarse en su propia cultura y tradición religiosa abriéndose al mismo tiempo a otros? ¿Cómo no simplemente coexistir con otros, cada uno permaneciendo mas o menos encerrado en sus certezas y sentimiento de superioridad? ¿Cómo entrar verdaderamente en relación con otros y ver la luz de Dios en cada uno? Entrar en relación implica un escuche profundo, una apertura, aún una cierta vulnerabilidad, que nos llevan progresivamente a una cierta amistad con aquellos que son diferentes.

Si nos encerramos en nuestra cultura. Hay peligro. Pero hay peligro igualmente si buscamos simplemente estar abiertos a los demás sin profundizar nuestra propia cultura y nuestra propia fe. Muy pronto los únicos valores se vuelven placeres, el crecimiento financiero, el deporte. La meta de cada cultura y religión no es de encerrar a la gente sino de permitir a cada uno abrirse más a Dios y a cada persona que Él ha creado.

Es la meta de nuestras comunidades del Arca y de Fe y Luz: ser escuelas de relaciones. Hay muchas escuelas para desarrollar las competencias intelectuales, para ayudar a cada uno a formarse y a desarrollar sus capacidades humanas y a profundizar su fe religiosa. No existen muchas escuelas del corazón, de la relación de la compasión para ayudarnos a abrírnos a los que son diferentes y a comprenderlos.

Si empecé el Arca con el Padre Thomas en 1964, para ayudar a las personas con discapacidad intelectual, encerradas en grandes instituciones, era para permitirles volverse más humanas y conocer el amor de Dios. Hoy yo veo el Arca no solamente para ayudar a las personas con una discapacidad sino para ser una escuela de amor y de paz, una escuela de vida y de sabiduría. Tenemos todos tanta necesidad de ser fortificados y transformados en nuestros corazones y nuestras mentes para convertirnos en hombres y mujeres de paz. Las personas con discapacidad son maestros extraordinarios en esta área. Tantas de ellas son tan acogedoras y no buscan primero a qué grupo pertenece el otro, ellas ven el corazón, la persona detrás de la etiqueta. Rápidamente ellas pueden manifestar amor cuando otros más capaces juzgan y ven en primer lugar lo negativo y la diferencia. Ser una escuela de amor y de relación exige un verdadero trabajo sobre nosotros mismos, un esfuerzo para arraigarnos más en Dios, encontrarnos mutuamente y contarnos nuestra historia, compartir no solamente nuestras cualidades sino también nuestras pobreza. No es fácil estar constantemente en búsqueda de la unidad en nuestras comunidades, de perdonar siete veces setenta y siete veces.

Estos últimos meses han estado muy llenos para mí. Varios viajes para Fe y Luz: diez días en Malasia y en Singapur con Bella, coordinadora de Fe y Luz en Asia; una semana en Hungría para el consejo internacional; algunos días en Yugoslavia, en Belgrado y en el norte de Serbia, un retiro en España en Salamanca. He pasado diez días en Haití y en Santo Domingo para el Consejo Internacional del Arca y una visita a las comunidades. Una semana de retiro en Francia para 95 jóvenes asistentes del Arca viniendo de diferentes países de Europa. Si, estuvo muy lleno. Existen tantas divisiones en nuestro mundo y al mismo tiempo, en cada país, tantas maravillosas simientes de paz. Aprendo mucho atravesando las fronteras. Jesús Príncipe de la Paz, ha derribado los muros de hostilidad, de dos pueblos - extranjeros el uno para el otro - ha hecho de ellos uno solo, por medio de sus sufrimientos y de su muerte (cf. Ef. 2). Jesús nos llama a ser un signo de este amor entre nosotros y con otros. Yo creo cada vez más que los jóvenes y los menos jóvenes en busca de un compromiso de vida en este mundo dividido queriendo descubrir comunidades de paz y de amistad, como el Arca y Fe y Luz. Y quiero hacer más las palabras de Martín Luther King

*“Yo creo que la verdad y el amor sin condiciones tendrán la última palabra. La vida, aún vencida provisionalmente, sigue siendo mas fuerte que la muerte. Yo creo igualmente que un día toda la humanidad reconocerá en Dios la fuente de su amor.. Yo creo que la bondad salvadora y pacífica se volverá un día la ley. El lobo y el cordero podrán descansar juntos, cada hombre podrá sentarse bajo su higuera, en su viña, y nadie tendrá ya razón de tener miedo”.*

Seamos juntos peregrinos que creen en la paz,, que trabajan por la paz, cuyos corazones están envueltos en paz.

Los abrazo, en el Dios de la Paz

Jean Vanier